

## ***Bigote busca valiente***

Mucha gente se pregunta cómo es posible que los deportistas marquen estilo cuando, según su criterio, dejan mucho que desear. La explicación es sencilla. Los medios de comunicación y el interés general por el espectáculo del deporte hacen que estos muchachos estén siempre delante de nosotros. Querámoslo o no, lo pretendan ellos o no, su imagen nos impacta e influye. Especialmente, en las personas de su generación. Muñoz Espinalt, padre de la psicoestética, decía que para que una idea renovadora se imponga hace falta repetirla miles de veces.

Las grandes marcas se fijan en los deportistas para usarlos como modelos. Y no sólo las que se dedican al material deportivo. Ropa, complementos, coches, alimentación, aseo personal... Sin ir más lejos, Rafa Nadal anuncia un champú. La frase es redonda, incluso, psicoestética. "Mi pelo es mi seña". Cada deportista, como cada persona, se caracteriza por algunos rasgos que los diferencian del resto. Así, por ejemplo, Cañizares asombró al mundo el día que decidió romper con su tradicional peinado para dar el salto a un llamativo y acertado revoltijo de mechones rubios y ahora blancos tan de moda.

Tatuajes, pendientes, peinados, barbas, perillas, bigotes, joyas... Son los pequeños detalles que cada deportista cuida para ser él. Uno y único. ¿Dije bigotes? Corrijo. Cada vez que leo los periódicos deportivos los únicos bigotes que veo son los de algún entrenador, como Bern Schuster, o los de algún preocupado presidente de club como Juan B. Soler, del Valencia CF. Como dirían algunos, el bigote está en peligro de extinción. Quizás no tanto, pero sí que lleva 20 años en franco retroceso.

Centrándonos en los futbolistas, que son los deportistas que más aparecen en los medios, ninguno usa bigote. Eso no quiere decir que desaprovechen las posibilidades que les brinda su vello facial para distinguirse. Así, por ejemplo, durante mucho tiempo, Alkorta, antiguo jugador del Athletic de Bilbao y del Real Madrid se diferenció por sus patillas y por la sombra o lunar indio en el labio inferior, hoy David Villa más actualizado sigue popularizando. Los chicos de la selección del mundial del 94 se dejaron perilla a modo de promesa. Más cercano en el tiempo, ahí tenemos a Beckham, Guti y Fernando Torres, todos unos apolíneos a la hora de cambiar de estilo y potenciar su imagen y hoy, Ronaldo y Eto'o...

Antes dije que los jugadores, les guste o no a algunos, marcan estilo. Y si sus ropas y modo de vestir son asimilados por la juventud, en igual medida, la presencia o no de bigote.

A lo largo de nuestra historia, el bigote, la barba y las patillas han definido la imagen del español. Los tercios lucían frondosos mostachos. Los conquistadores acudieron a la barba y nuestros afamados bandoleros dejaron crecer sus patillas. Antes no había medios de comunicación y la imagen más repetida era la que aparecía en las monedas. El rey. Y si el Emperador Carlos I de Austria lucía barba en el mentón, aunque fuese para disimular su

prominencia, muchos siguieron la estética del hombre más poderoso sobre la tierra en ese momento. Y ese es sólo un pequeño ejemplo.

El bigote, por sí mismo, no transmite una única imagen. Ahí tenemos el ejemplo de los bigotes de Charles Chaplin y Adolf Hitler. Muy parecidos y a la vez tan distantes. El bigote es un elemento más de nuestra fisionomía. Por sí solo no transmite mucho. Es en el conjunto, combinado con el resto de rasgos, cuando el bigote adquiere su significación.

Cuando el humorista Gila anunciaba las cuchillas del "gustirrinín", aún se veían bigotes por nuestros campos de fútbol. El bigote, casi era un rasgo nacional. Hoy día, quienes anuncian las cuchillas son los propios deportistas. Las dos marcas más importantes de maquinillas han usado y usan a deportistas de élite. Con estos mimbres, poco puede hacerse ya por el bigote, un rasgo masculino asociado a la autoridad mal entendida. Para borrar ese cliché de nuestra imaginación hace falta un valiente, un deportista quizás, hiper apurado que lo luzca sin complejos las miles de veces necesarias, tal y como decía Muñoz Espinalt.

**Ramiro F. Alonso**

*Psicoesteta*

## LA IMAGEN, EL VESTIR... LA ELEGANCIA

Cuando hace unos días Juan Ramón González, gerente de Tintorerías Artesanas de Oviedo, se acercó a mi salón para darme la grata noticia de la concesión de la “Percha de Oro” en esta segunda edición – premio al asturiano más elegante y con el vestuario mejor cuidado -, me quedé absolutamente perplejo, sobre todo, cuando me informó que la primera distinción había recaído en el actor Arturo Fernández.

Superada la sorpresa inicial, debo reconocer que comenzó a picarme un gusanillo por dentro: la grata noticia me prestaba, me prestaba mucho...

El caso es que he recibido con máximo orgullo la “Percha de Oro”, premio al asturiano más elegante, que, agradezco de corazón a todos los que componen Tintorerías Artesanas de Oviedo por tal distinción. Y, es un buen momento para hacer algunas reflexiones sobre la elegancia, esa palabra para muchos banal pero tan importante para quienes creemos que la estética es algo muy serio en la vida de las personas.

Habría que empezar por definir la elegancia o, para simplificar más la cuestión, por decir qué entiendo yo por elegancia. Según el diccionario, la elegancia es “gracia, distinción o sencillez. Corrección, adecuación y moderación”. Para mí, la elegancia se representa en esa persona que hace lo que tiene que hacer y dice lo que tiene que decir. Y en el plano estético, elegante es esa persona que sabe coordinar peinado, vestido, figura y personalidad.

En definitiva, nos vamos a la imagen personal, que debe transmitir carisma y seducción. El ser humano es un ser imaginativo y artificioso que en la medida en que crea artefacto, crea cultura y civilización; necesita el lenguaje de los signos, de las formas y lo que éstas simbolizan para reafirmarse en sus propias convicciones. Decía De Gaulle que las formas hacían el poder. Yo me atrevo a añadir: “Y también lo debilitan si éstas no son las adecuadas a cada circunstancia”.

Por tanto. Recibí con gran sentimiento de responsabilidad la Percha de Oro, que para mí es un símbolo que me honra y que da aún más orgullo y realce a mi trabajo diario de peluquero, que, como psicoesteta, valoro en grado sumo.

La percha, cuando se sabe colgar con cuidado un traje en ella, muestra en que grado tenemos el sentido del vestido.

Tanto en el vestido como en el cabello, intento siempre que mis clientes encuentren una prestancia en su figura para que, de forma agradable, la armonicen con las modas, el gusto y las creencias personales.

Como profesional de la imagen, le doy aún mucha más intención a un cabello y a un vestido porque “cuando nos vestimos contestamos un test que revela y mide nuestra personalidad”. Todos sabemos que las arrugas, los colores, el tipo de adorno o el orden que queremos infundarle, son detalles muy significativos.

A través del vestido los hombres más sensibles y geniales siempre han intentado definir su carácter. Así, Sócrates decía a un filósofo cínico muy primitivamente vestido: “veo orgullo en los agujeros de tu túnica”. En el mismo sentido de análisis del indumento, García Lorca resume todo un tratado en esta frase: “dame un guante y te diré el carácter de su dueño”. Y, mi maestro, el psicólogo Carlos Muñoz Espinalt, afirmaba: “el ser humano no lleva escrito su destino en la palma de la mano como se cree, sino en su vestido”.

Además, el traje indica un buen porte y una desenvoltura, nos lo confirma una anécdota del inglés Brummell, considerado el más elegante de su época. Cierta día un aristócrata de refinado gusto personal le dijo sin tapujos:

- Señor Brummell, todo lo debéis al vestido, desnudo no seríais nadie.
- Os propongo una apuesta -contestó Brummell -: nos desnudaremos los dos aquí mismo y someteremos a votación, entre las personas que nos rodean, cuál de ambos, sin ropa, parece más distinguido y elegante.

Sin más palabras empezó a desnudarse, pero el aristócrata, desconcertado y nervioso, frenó sus intenciones, contestándole que no aceptaba la apuesta. Brummell, con sonrisa sarcástica, afirmó:

- comprendo que os dé vergüenza mostraros desnudo. Lo que no comprendo es que no os dé también vergüenza mostraros vestido.

Como podemos ver, la elegancia no es únicamente una forma de vestir, es una manera de ser que resulta incompatible con la timidez personal y la falta de soltura en las maneras.

Por añadidura, en esta época, estamos inmersos –como dice la psicoestética –en una imagocracia, o sea, el poder de la imagen personal, (que se apodera de casi todo...)

En mi trabajo soy tan consciente de este hecho que siempre busco tres factores para mis clientes que den por resultado una figura intencionada, equilibrada y apolínea; siempre según su talla, porte y fisonomía.

Todo ello será la clave para que la persona se encuentre motivada, potenciada y con un toque personal de elegancia.

Por tanto, si hacemos caso de la voz popular que define a la persona que se ponga lo que se ponga todo le cae bien con la expresión “tiene buena percha”, miren por donde, a partir de ahora, en mi peluquería y sin sentido figurado, podré presumir, con este símbolo, de tener una buena percha...

Ramiro F. Alonso  
Psicoesteta

# El indiscutible liderazgo de los jóvenes deportistas

- Los nuevos ídolos juveniles de la sociedad ya no sólo provienen de la música o del cine. El deporte se ha consolidado como auténtico dinamizador de las más increíbles modas y tendencias e incluso formas de pensar y ver la vida

Siempre he considerado que, entre otras muchas, la función de la juventud en cualquier época es representar el siguiente paso de la civilización. Incluso estimo que si no fuese así, mal nos luciría el pelo. Lo que resulta francamente sorprendente es que sea el mundo del deporte el gran dinamizador juvenil en este nuevo siglo (y finales del pasado). Hasta hace una década, aproximadamente, el ídolo de un equipo deportivo ya tenía sus veinticinco “añitos”, salvo alguna que otra excepción. Desde hace muy pocos años, esto ha cambiado por completo, hasta el punto de que los líderes del deporte ya levantan tantas pasiones –o más– que los “deseados” cantantes o actores. Es como si el balón (en todas sus modalidades) o el volante se hubiesen equiparado sin el menor complejo a la guitarra o la cámara de cine. ¡Quién lo iba a decir!

Me estoy refiriendo a deportistas que con muy poca edad se han convertido en santo y seña de miles y miles de personas, en auténticos ídolos que mueven las más increíbles modas y tendencias e incluso formas de pensar y de ver la vida. Un breve repaso al panorama deportivo español nos hará caer en la cuenta. Rafael Nadal, tenista de 18 años (el último crack); Fernando Torres, futbolista de 20; Fernando Alonso, piloto de Fórmula 1 de 23 años; Cesc Fábregas, futbolista de 18; Javier Villa, piloto de Fórmula 3, de 17; Pau Gasol, jugador de baloncesto de 24 años; Sergio García, golfista de 24; Dani Pedrosa, motociclista de 19; Iker Casillas, auténtico ídolo bajo la portería con tan sólo 22 años... y un buen puñado de ellos.

Algo ha cambiado en la sociedad en los últimos años que nos obliga a reconocer que los jóvenes deportistas se están convirtiendo en los nuevos valores de los movimientos de masas. Claro que esto no es por casualidad: los equipos –de todas las disciplinas– están repletos de “chavales” que se

inician en esta sana actividad que es el deporte con muy pocos años. Fernando Alonso conducía karts con tres años; Rafael Nadal ya tenía una raqueta en la mano a los dos... En el fondo, y salvando las distancias, es lo que le pasaban a los grandes genios como Mozart, quien ya era un prodigio indiscutible cuando aún no había cumplido los cuatro o cinco años.

El caso es que para apreciar esta indiscutible realidad no hace falta recurrir a los que están “allá arriba”, en la cumbre. En nuestras canteras deportivas asturianas –Real Oviedo, Sporting de Gijón, etc.– contamos con jóvenes que apuntan muy alto y que, aunque no consigan una meta tan alta como las personas mencionadas, sí que son auténticos líderes en sus respectivos entornos. ¡Si estos dos equipos estuviesen ahora en Primera División seguro que estaríamos hablando con letras mayúsculas!

Creo que debe ser un orgullo para la sociedad en general que el deporte –como las artes, que lo hacen por excelencia y desde hace muchos años– cumpla esta misión de ser referencia para la juventud y, por tanto, para ese amplísimo grupo social que siempre está de moda y que en todo momento tiene algo que decir y que aportar. Digo para la sociedad en general y para Asturias en particular, pues aunque nuestros principales equipos no estén en categorías superiores, cuentan con auténticos jóvenes que se reconocen por su espíritu innovador. Lo vemos cada domingo en los campos de fútbol de nuestro Principado, aunque en esta tierra el “indiscutible” sea, hoy por hoy, ese genio del automóvil llamado Fernando Alonso.

Señores, la juventud está consiguiendo imponerse en la moda a través del deporte. Todo un orgullo. Que dure. Y, en el 2005, ¡el cabello al viento...!

**Ramiro Fernández Alonso**  
Psicoesteta